

"Cáritas"

Llegamos ya a días de desenfreno y disipación: la proximidad del ayuno cuaresmal lejos de inspirar recogimiento parece brindar motivos a la sociedad para entregarse a toda clase de excesos, traspasando los límites de lo normal. No se concreta en saborear manjares y paladear licores, sino que cree lícito el abuso de ellos y de toda las voluptuosidades, hasta llegar al límite de negar nuestra propia dignidad. El Carnaval va ganando cada año nuevos terrenos y los gocees materiales se satisfacen con la más franca liberalidad.

Y a todo esto, gentes pobres, personas desgraciadas en su batallar, luchando cada día contra la enfermedad que los abate, contra la falta de trabajo, contra las injusticias de una sociedad ávida de placeres sensuales, ven impotentes la manera de conseguir ni tan siquiera un bocado para su mal cuidado apetito o una ayuda para aliviar sus males.

¿Quién sabe si, llamando alguno de éstos a nuestra puerta, le diríamos?

— Guarda estas lamentaciones para otras circunstancias; ahora déjame gozar de la vida.

Así piensa más de uno y se enoja cuando perturban sus locas alegrías, negando una ayuda a unos infelices que solicitan su concurso.

«Cáritas» les recuerda, en medio del bullicio de estos locos festejos, que existen personas a quienes las migajas sobrantes de alguna mesa sería para ellos un festín; de los caprichos de cualquiera podrían satisfacer una perentoria necesidad que no pueden atender: seres mal comidos y mal vestidos, indigentes, porque la sociedad los ha descuidado, les ha negado su atención y su preocupación.

Es lícito usar de los dones que la Providencia nos otorga, pero no del abuso, y éstos no nos han sido concedidos a nuestro sólo provecho, sino también al de los demás, de los necesitados que no han merecido la confianza de su administración.

Tú, granollerense, que te dispones a gozar las fiestas de estos días, piensa un poco en tus hermanos y acude a la Parroquia. Ella sabe quién necesita tu caridad, quién necesita el consuelo de una mano benefactora y de la acogida esperanzadora que con su visita les conforta. ¿Vas a negarle a un convecino tuyo un pequeño goce con tu generosidad, cuando tan generoso (?) será contigo mismo regalándote en la voluptuosidad de un Carnaval sin ton ni son?

Quiero hacerte memoria, católico activo, que cumples los preceptos de la Ley, que tu caridad va hasta donde no llegan los estamentos sociales, ella a todos nos tiene por hermanos sin distingos ni partidismos, conllevando los unos con su bienestar las miserias de otros no tan favorecidos, a los que alienta con la fe y la esperanza de una justicia más justa y equitativa, una justicia basada en el precepto de un amor a Dios y a nuestros semejantes como a nosotros mismos. — B.

ESPIRITUALITAT

La caritat no mort mai

Ningú com Sant Pau no ha exalçat amb tanta passió i foc de llenguatge l'altíssim valor i la imprescindible necessitat d'aquesta privilegiada virtut cristiana.

Ningú de nosaltres que es consideri cristià no pot desconèixer ni no tenir molt freqüentment a la memòria i com a mòbil de la seva actuació aquesta imatge de la caritat, que ens presenta l'Església en l'epístola de la Missa d'avui.

Cap poeta no l'hauria pogut descriure, sense haver-ne tingut davant els seus ulls el viu model: la figura amorosa de Jesús.

I Quant deuria estar íntimament familiaritzat amb l'aparició terrena de Jesucrist i quant convençut no estaria de la condició espiritual de Nostre Senyor!

I així ha donat a l'ètica cristiana aquesta norma de la caritat, com el seu principi vivificant.

Sant Pau no era el deixeble de l'amor, que va descansar sobre el pit de Jesús, en carn mortal. El seu natural no era carinyós com el de

Sant Joan. Però el seu amor estava al servei de la idea que consumeix l'home fins l'última gota de la seva sang. Per a ell, únicament hi ha una cosa que val la vida i l'esforç de tot el món: el desfer-se i consumir-se en el servei del més alt amor, Jesucrist clavat en la Creu, el cor traspasat del Fill de Déu.

Així, arriba a dir que el do de llengües, el do de la profecia, tota la ciència, l'heroic renunciament en bé d'altri no és res sense la caritat, sense l'amor a Déu.

En canvi la caritat tota sola, basta, ho fa tot. Encara que l'Esperit Sant no ens hagi donat cap do carismàtic.

I diu que la caritat és la virtut suprema dels temps y de l'eternitat. Tot s'acabarà un dia, fins i tot les virtuts teològals, sense les quals no hi pot haver vida cristiana; només la caritat no mort mai.

Aquest és el programa que ens presenta la Quaresma: Jesús, que passa camí de la Passió, obrint-nos els ulls i el cor com al cec de Jericó, perquè l'acompanyem fins a la mort, per tal d'obtenir la vida.

Mn. M. FILELLA

Guía litúrgica

Algún orden

Decíamos en una nota anterior que para comulgar conviene que se acerquen primero los hombres y después las mujeres. Algunos lectores, quizá apoyándose en aquello de que «lo que Dios ha unido el hombre no lo separe» nos han expuesto su opinión, según la cual parece más propio que en el templo no se separe las familias (colocando a un lado a los hombres y al otro las mujeres, como en los funerales) ni se dé una preferencia especial a los hombres (como en la comunión, en la adoración del Niño Jesús, etc.)

Aunque sin considerarlo dogma de fe ni mucho menos, creemos que nuestra afirmación puede apoyarse en las razones que siguen.

La separación de hombres y mujeres en la iglesia es un hecho tradicional. Esto, en cuestiones de culto, tiene más peso que muchos razonamientos. En los primeros tiempos parece que se hizo siempre así. ¿Por qué?

1º Porque la misa papal (de la cual toma modelo nuestra misa de rito romano) y otras ceremonias litúrgicas se celebraban después de una procesión. El orden de la procesión, como es natural, separaba sexos, edades y categorías. Es lógico que al entrar la procesión en el templo los cristianos se colocaran según el mismo orden.

2º Así como los ministros, en el altar, se sitúan en un orden jerárquico, conviene que el pueblo asistente no sea una masa informe, sino una comunidad ordenada. O, según la imagen que antiguamente gustaba (y ahora no): «un ejército en orden de batalla».

3º La forma más fácil y al mismo tiempo más visible de poner en orden a una multitud es la separación de sexos. (No todos vienen en familia, ni todos están casados).

4º La unión que existe entre los casados, sellada por el sacramento del matrimonio, es un signo de la unión entre Jesucristo y su Iglesia. Pero en la asamblea litúrgica esta unión de Jesucristo y la Iglesia tiene más de realidad que de signo, como en el cielo. La unidad familiar, de orden natural, queda fundida en una unidad superior, sobrenatural. Esto no es minimizar la importancia de la familia, sino dar el valor debido a la asamblea de la comunidad cristiana.

5º Si los cristianos se acercan al altar en este orden, o sea procesionalmente, aparece mejor el carácter comunitario de la comunión. No es ya un acto individual, o de pequeños grupos, sino de verdadera comunidad.

6º La precedencia de los hombres sobre las mujeres está fundamentada en la Biblia y en la naturaleza de las cosas (al menos en teoría). «El marido es cabeza de la mujer», dice San Pablo. — C.